

Myrtia, nº 9, 1994, pp. 131-151.

La fábula en Horacio y su poesía

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS*
Universidad Complutense de Madrid

Résumé: Dans ce travail l'auteur met en rapport les fables dans l'oeuvre d'Horace, analysant leurs différents sources, le lieu qu'elles occupent dans la tradition fabuliste et dans cet ouvrage du même poète il observe les autres éléments avec lesquels ces fables se combinent.

Cuando fui amablemente invitado a intervenir en este ciclo de conferencias sobre Horacio organizado por la Universidad de Murcia, propuse el tema de la fábula en Horacio por una razón. Hace un par de años el profesor Della Corte me pidió, con destino a una enciclopedia sobre Horacio, que contribuyera con este tema. Y yo le mandé un trabajo, principalmente en relación con las fábulas que hay en Horacio y el problema de dónde las tomó, su lugar dentro de la tradición fabulística. Posteriormente el profesor Della Corte murió y ese proyecto de la enciclopedia de Horacio ha sufrido un cierto retraso.

En realidad, yo ya me había interesado por el tema antes, desde que escribí mi *Historia de la Fábula Greco-Latina* (Madrid, 1979-87). Ahora lo voy a tratar aquí, no para repetir lo que yo decía para la enciclopedia que publican en Italia, sino para enfocar el tema desde el punto de vista de cómo

* **Dirección para correspondencia:** Francisco Rodríguez Adrados. C/ Hortaleza 104, 2º izqda., 28004 MADRID (España).

© Copyright 1996: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Murcia, Murcia (España). ISSN: 0213-7674.

encajan estas fábulas dentro de la tradición fabulística y dentro de la obra de Horacio. Esto es lo que quiero tratar.

Es sabido que Horacio volvió a Roma en el año 42 a.C., después de su derrota en la guerra civil, en la cual había tomado el partido de Bruto, como tantos jóvenes que estudiaban en Atenas y se embarcaron en la causa republicana. Esta causa fracasó. Fueron volviendo a Roma poco a poco, en una situación de cierta desorientación, como es natural. Horacio, cuando llegó a Roma, se entregó a su vocación literaria e hizo, poco después de esta llegada, su primera publicación literaria, que es la del libro de los *Epodos*.

Este libro de los *Epodos* no sabemos en qué medida era idéntico al que hoy tenemos. Este es posterior a la amistad de Horacio con Mecenas, que data del año 37, un poco después. Fue hacia el año 40 cuando suponemos que publicó Horacio los *Epodos*, y él mismo dice que imita la virulencia de los yambos de Arquíloco. Esta virulencia la vemos todavía en estos *Epodos*, en cierta medida: en ataques personales y en relación con diversos temas, así en ataques a ciertas mujeres que imitan los de Arquíloco. Pero no encontramos en él una virulencia política como la que había en Arquíloco. La suprimió, seguramente, después de su amistad con Mecenas. No sabemos exactamente.

El libro de los *Epodos*, que es lo más arquiloqueo de Horacio, a mí personalmente no me parece que fuera su éxito más grande, e insisto en que no conservamos la versión original.

Debemos recordar cómo funcionaba en sus orígenes la literatura romana respecto a la literatura griega. La literatura griega es un injerto, diríamos, en el árbol de la antigua tradición romana y de la tradición itálica. En principio, lo primero que fue imitado en Roma fue aquello que era contemporáneo, la literatura helenística. Y digo en principio porque, evidentemente, un autor como Homero estaba por encima de todas las clasificaciones y fue traducido desde el principio por Livio Andronico. La tragedia griega también fue traducida, imitada o continuada. Pero en otra cierta medida es la literatura helenística la que fue continuada en Roma, aunque hay que saber que géneros literarios que los romanos en cierto momento desearon continuar, no existían en la literatura helenística; entonces, de momento, tampoco existieron en Roma, este es el caso, por ejemplo, la oratoria.

Otros géneros helenísticos, por lo menos también de momento, no

eran bien vistos en Roma, como ciertas filosofías (la epicúrea sobre todo). Tuvieron que esperar su tiempo. Por supuesto, había una adaptación a las exigencias de la sociedad romana, a los nuevos criterios literarios, etc.

A veces los romanos escribían en griego, así Fabio Pictor; a veces se limitaban a traducir; a veces se hacía en Roma una continuación a la manera romana de géneros griegos, caso de la comedia; a veces los prototipos de tragedia y comedia con personajes y temas griegos encontraban una contrapartida con prototipos romanos y sociedad romana. El asunto es muy complicado. Por otra parte, los romanos contaminaron géneros que en Grecia estaban separados entre sí por muchos años o versiones varias de los mismos géneros, así en el caso del de los yambos, en el que contaminaron variantes que viene ya de Arquíloco (s.VII a.C.), ya de Calímaco (s.III a.C.), etc. Incluso llegaron a contaminar los géneros que derivan del yambo griego con géneros de la lírica griega que tienen en Grecia una tradición diferente.

Hay fenómenos como éstos, en los que, con influjo de todos los elementos de origen griego, los elementos romanos fueron sometidos a una reelaboración profunda. No voy a entrar en detalle aquí en este tema. Ahora bien, es sabido que a partir de un cierto momento, la literatura latina comenzó a buscar sus modelos cada vez más atrás, en época arcaica. De manera que si Lucilio y Ennio cuando escribían géneros de sátira más o menos semejantes, fundamentalmente se apoyaban en modelos helenísticos, Horacio se apoyó en un modelo mucho más antiguo que es Arquíloco.

Ya antes de Horacio, por ejemplo Catulo se había apoyado en Safo, y para qué hablar de Virgilio. Pues bien, Horacio cultivó la lírica apoyado, en la medida que sea, en los lesbios, en Safo, en Alceo. Sobre todo en la época augústea hubo una marcha atrás, una búsqueda de los modelos clásicos. Horacio fue más allá de eso y nada menos que imitó a Arquíloco, ese poeta maldiciente que se reía de los modelos éticos aristocráticos arcaicos, que frente a los héroes que lo sacrificaban todo al honor y la gloria nos presentaba el tema de la pérdida del escudo y se reía de sí mismo por haberlo abandonado.

Arquíloco es el poeta que ataca virulentamente a ciertas mujeres: sobre todo a Neobula (y a su padre Licambes que se la había prometido en matrimonio y que luego se habían echado atrás con el mayor impudor y desvergüenza). Ataca igualmente a sus enemigos políticos, los ataca con

fábulas. Porque lo curioso para mí del libro de los *Epodos* de Horacio es esto, que siendo la imitación de Arquíloco más directa, como él mismo dice, no tiene fábulas. Pero si Horacio escribió los *Epodos* hacia el año 40, cuando escribió las *Sátiras* en torno al 35 introdujo ya fábulas.

Insisto: Horacio empezó por imitar a Arquíloco sin fábulas y continuó luego con modelos mucho más recientes, modelos helenísticos, también romanos como Lucilio, pero introduciendo fábulas. Hizo al revés de lo que pudiéramos esperar.

En Arquíloco normalmente hay una estructura ternaria. En los epodos hay un comienzo, un centro y un final, y el centro es con mucha frecuencia una fábula. ¿Qué fábulas? Son bien conocidas, la que más la fábula del águila y la zorra: cuando Licambes, que había prometido a Arquíloco el matrimonio de su hija Neobula y luego se lo negó, recibió el violento ataque del poeta. Arquíloco no era un personaje muy respetable, pero, en fin, Licambes debería haberlo pensado antes. El caso es que se echó atrás y Arquíloco le dirigió la fábula del águila y la zorra.

El águila había hecho amistad, una tregua, un juramento con la zorra. Lo viola y devora a las crías de la zorra, y es castigada por Zeus. Bien, pues así te va a pasar a ti, le dice a Licambes Arquíloco. La fábula es un modelo para ejemplificar el tema. En el poema, el centro está constituido por la fábula del águila y la zorra. No es la única en el poeta. En ella se trata de un asunto personal, la violación de un juramento por parte de Licambes, otras veces son asuntos políticos.

No sabemos bien quienes son, pero estos rivales políticos de Arquíloco aparecen, por ejemplo, bajo la figura de la zorra y el mono. El mono que se viste de seda y luego se descubre que sigue siendo un mono. Algún enemigo o rival político de Arquíloco es este mono. La zorra tiende una trampa y le pone un poco de carne, (Arquíloco no sabe que los monos no comen carne), y el mono se llega a comer la carne y queda atrapado en la trampa en una posición bastante indecorosa. A pesar del manto de púrpura, se ve que es un mono, es un político. Y hay ese otro mono que habla de sus antepasados y luego resulta que no tiene antepasados ilustres.

Y la otra zorra (este no es tema político sino erótico otra vez), la que va a visitar al león. El león está enfermo en su cueva, la zorra le pregunta desde la entrada cómo está y él le pregunta a su vez que por qué no pasa. La

zorra replica que porque ve huellas de animales que entran, pero no huellas de animales que salgan. Este león es Neobula, vieja devoradora de hombres. La fábula (éstas y otras muchas), son normalmente el centro de los poemas y sirven a los objetivos de ataque en los temas eróticos, políticos, de la violación del juramento y otros más.

Pero no siempre el centro es una fábula, a veces es una anécdota. Así en el epodo de Batusiades, que era un adivino que estaba haciendo adivinanzas para la gente en la plaza pública y cobraba unas monedas por esto y mientras tanto un ladrón le estaba dejando vacía su propia casa. Y está también el mito, hay otro epodo cuyo centro es el mito de Deyanira, el mito del centauro Neso que fue muerto por las flechas de Hércules cuando intentaba abusar de Deyanira al pasar el río Eveno. Así te va a pasar también a ti, le dice el poeta a un rival.

Horacio tomó de Arquíloco los temas eróticos, ciertos ataques virulentos contra algunas mujeres, por ejemplo, ataques muy literalmente imitados por él. Recuerdo aquel de Arquíloco que dice: "No está tan floreciente como antes tu suave piel, pues ya se marchita y el surco de la vejez funesta te derrota." No muy amable. (Hay otras cosas menos amables todavía). Pues bien, esta vena virulenta, obscena, que imita Horacio en sus *Epodos*, luego la abandona. Y en la medida en que la trata, la trata sin fábulas.

En cuanto al tema político, no podemos exactamente juzgarlo. Evidentemente, la Roma de Augusto no era la adecuada para este personalismo de los ataques políticos, y menos para un hombre como Horacio que estaba en una situación nada cómoda como quien pertenece a la oposición por su militancia en el ejército republicano de Bruto, y luego resulta que es amigo de Mecenas y de Augusto, le regalan fincas y Augusto quiere hacerle su secretario. Se manejaba como podía. Evidentemente, ataques virulentos de tipo político como los de Arquíloco no estaban a su alcance. Otro imitador del género en Roma, que es Fedro, sí desarrolló temas políticos abiertamente, con sus alusiones contra Sejano, el favorito de Tiberio. Y tuvo que sufrir las consecuencias, lo pasó bastante mal.

Lo que yo querría destacar es cómo empieza Horacio con la imitación directa de Arquíloco, en la medida que sea, porque no podemos juzgar exactamente, pero prescinde ya de la estructura ternaria del epodo, lo mismo a base de la fábula, que a base del mito, que a base de la anécdota.

Pues bien, pocos años después Horacio era ya amigo de Mecenas, que le regaló su finca de la Sabina, y era amigo de Augusto y, posteriormente, se compró su finca en Tibur, etc, pero seguía siendo un hombre independiente, un hombre que no quería entrar en la política, que abominaba de los pelmazos que, cuando le veían pasar por la Vía Sacra, le iban a pedir que les recomendara sus asuntos. El se hacía el sordo, bajaba las orejas como un asno, posible alusión a una fábula que no conocemos.

Pues bien, cuando después del año 37 volvió a escribir y a escribir Horacio algo que era más o menos continuación de los *Epodos*, no son otros *Epodos* lo que escribe, son las *Sátiras*. Y las *Sátiras* tienen precedentes en Roma en Lucilio y en Ennio y evolucionan en Horacio, ahora son en hexámetros, cosa que no hubiera ocurrido jamás en Grecia.

Ahora sigue nuestro poeta una tradición que realmente es helenística: no es exactamente el género de Arquíloco, es algo nuevo, es ahora temática de la poesía helenística y de la poesía romana influida por la helenística, la de Ennio y Lucilio. Esto es lo contrario de lo que suele suceder, en vez de ir de los modelos más próximos, los helenísticos, a los antiguos, Horacio empezó por los antiguos y llegó a los helenísticos. Pero curiosamente, insisto de nuevo, cuando seguía a los antiguos, o sea a Arquíloco, no introducía fábulas, y cuando siguió a los helenísticos sí que introdujo fábulas.

Ahora bien, los poetas helenísticos sí introducían fábulas, desde luego, pero no exactamente a la manera de Arquíloco, para el cual eran más o menos el centro de la composición.

La fábula es para estos poetas un ejemplo, como los *enxienplos* en la literatura española medieval, que se introduce en cualquier momento y que no organiza estructuralmente toda la composición. También es un ejemplo en Arquíloco, pero en él tiene esa función estructural de que hablo. No así en los poetas helenísticos (y en algunos otros): aparece en cualquier momento para ejemplificar, atacando, criticando, ironizando, aconsejando. Este nuevo modelo de fábula es el que Horacio sigue en las *Sátiras*, los dos libros publicados en torno al año 35.

Pasemos una rápida revista. La fábula-ejemplo está ya en Hesíodo, es la primera, la del ruiseñor y el halcón, luego está en Arquíloco, pero como digo con esa función estructural. Y está en Semónides, está en toda la poesía yámbica, es decir, en Sófocles (en *Antígona* se encuentra la fábula del árbol

que se doblega a los vientos y el que no se doblega, éste se quiebra). Está en Aristófanes, lleno de fábulas. Hasta en Esquilo hay alusiones a fábulas. Pero siempre son fábulas referidas de pasada, sin función estructural.

Es en Estesícoro donde hay una fábula que es del tipo arquiloqueo, fábula imitada por Horacio. Es la dirigida a los ciudadanos de Himera para que no elijan tirano a Fálaris: el poeta les cuenta la historia del caballo que, para perseguir al ciervo, permitió al hombre que lo montara y, una vez que éste montó, ya no se bajó. Pues igual les va a suceder a los de Himera si eligen a Fálaris, dice Estesícoro.

La fábula-ejemplo aparece, pues, con una función estructural u otra, en toda la poesía yámbica de época arcaica y de época clásica. Y, ciertamente, en la literatura prosaica de los socráticos, en Sócrates, en Hipias, en Platón, en Aristóteles y luego continúa en época helenística. Y en época helenística hay fábulas sobre todo en la literatura cínica y cinizante, de manera que en Cércidas, en los *Mimiambos*, tenemos la fábula de la tortuga que llegó tarde a una invitación de Zeus y se excusó por lo que su propia casa le gustaba: el dios, entonces, la obligó a llevar siempre la casa a cuestas. Por su parte, Diógenes el Cínico escribió un libro que se llamaba *El Grajo* según Diógenes Laercio y en el Pseudo-Calístenes, que tiene una inspiración cinizante, también hay fábulas.

También los epicúreos incluían fábulas, porque Filodemo de Gádara, que conocemos por los papiros de Herculano, contaba la del grajo que se adornaba con plumas ajenas, que luego las aves le fueron quitando y quedó como era, un grajo. Esta fábula del grajo que aparece también en Horacio.

Así, de las fábulas de nuestro poeta he citado tres ya: la del caballo y el cazador, que está en Estesícoro; la de la zorra que fue a visitar al león y que no quiso entrar en su caverna por lo de las huellas que entraban pero no salían; y la del grajo en Filodemo, el epicúreo. Es curioso, en los estoicos no encontramos fábulas. Los estoicos eran muy rígidos, muy distantes, mientras que lo mismo los cínicos que los epicúreos trataban de hacerse populares, de hacer propaganda. Mezclaban lo útil y lo dulce, en frase de Horacio. Y usaban la ironía y el hablar medio en serio, medio en broma para impartir una enseñanza, una crítica: Horacio les seguía, hay en él elementos tanto cínicos como epicúreos.

En cambio, los estoicos no le caían muy bien por su rigidez.

Recuérdese cómo los atacaba en muchas de sus composiciones y a este respecto la burla de Damasipo es bien conocida. Los cínicos y epicúreos, con todas las diferencias que tengan, coinciden en un temple popular y humano, en la crítica de los falsos valores. La crítica del poder, la crítica de la belleza, de la codicia, la crítica de la hinchazón, de la soberbia, de la *hybris*, la relajación, la molicie, la decadencia. En todas estas críticas coincide Horacio. Y el uso de la fábula está precisamente en esta línea.

Por otra parte, cínicos y epicúreos lo que hacían era pisar sobre un terreno popular muy amplio. La fábula está en Menandro, en Plauto y en Terencio y en tantos escritores más. Así en Calímaco, cuyos enemigos no eran políticos, ni se trataba de rivalidades eróticas, sino que eran enemistades literarias: todas aquellas terribles discusiones sobre si el poema debe ser largo o breve y otras por el estilo. Calímaco escribe sus yambos sembrándolos de fábulas: la fábula del laurel y del olivo, por ejemplo.

La fábula es, como puede verse, un género muy divulgado en la Edad Helenística y en la romana temprana. Siguiendo esta línea, en Horacio, en las *Sátiras* y luego más tarde en las *Epístolas* lo que encontramos es esta fábula-ejemplo que no es un centro estructural de los poemas. Aparece aquí o allá junto con muchos elementos de origen helenístico.

En primer término, con la diatriba, cuando uno hace preguntas figurando como que habla con otro interlocutor y se contesta a sí mismo. La diatriba, que era un género que la sátira menipea de Varrón introdujo en Roma. Recuérdese que sobre los cínicos, grandes cultivadores de la diatriba, hay multitud de anécdotas en que dialogan, por ejemplo, Diógenes y Alejandro o Bión de Borístenes y Antígono Gónatas.

Son diálogos, contados por ellos o por otros, más o menos parecido a otros que hay en Horacio, llenos de *khreíai* o respuestas incisivas. Alejandro dice: "¿Qué quieres que te regale?" Y Diógenes responde: "Que no me quites el sol." Todas estas cosas eran las que hacían felices a los cínicos. Normalmente son falsas todas estas anécdotas. Pero de estas frases, de las anécdotas, la diatriba y de cosas que parecen mimo realmente, de toda esta mezcla de prosa y verso, de todo esto está llena toda esa literatura helenística de tipo cinizante que ejerció una influencia en Roma.

Lucilio y Ennio es natural que siguieran el influjo de esta literatura helenística más o menos contemporánea. Lo que es un poco extraño es que

Horacio prefiriera a Arquíloco en un primer momento. Pero posiblemente no quedó muy satisfecho de sí mismo, porque volvió a los modelos más próximos y, entre ellos, a Lucilio, que tiene ya fábulas como esa del león y la zorra y otras varias. Horacio habla mal de Lucilio, claro, pero eso no quiere decir que no le imitara, esto es muy corriente.

Cuando un autor antiguo, en fin, digo antiguo pero también se podría decirlo de los que no son tan antiguos, imita a otro es muy frecuente que cuando le copie no le cite y hasta que le critiquen en ocasiones. Esto se dice de Hecateo y Heródoto y ésta es la historia de Lucilio y de Horacio y otras muchas historias que prefiero no mencionar, algunas las he vivido personalmente. Se critica a un señor, lo cual no es obstáculo para que se le siga. Horacio está envuelto en este ambiente en el que tiene que compaginar su originalidad y su acomodaticio modo de vida.

Vive bien, es un burgués al cual le han regalado una finca, pero no quiere obligaciones políticas y está muy embebido de esta filosofía entre cínica y epicúrea de la cual estoy hablando. Rehuye a todos los que quieren meterle en esos problemas políticos y dice de sí mismo, y es verdad, que no sigue las palabras de ningún maestro. Pero también afirma con cierta ironía que él es un cerdo de la grey de Epicuro.

En realidad, es un hombre que lo que ama es la vida privada, que es crítico, que es irónico, que tiene una moralidad y que se ríe, incluso, de sí mismo poniendo esa burla en su boca o poniéndola en la de su esclavo el día de las Saturnales. El esclavo se atreve a decir a Horacio algunas verdades sobre su inconstancia y sobre todo lo demás. Este ambiente no es el ambiente, evidentemente, de la monarquía augustea, con esa promoción de los grandes valores romanos, de la nueva moralidad. Por otra parte, como todos los romanos en esa época, Horacio quiere paz y acepta a Augusto, por lo menos, como instrumento para esa paz que ahora llega, y ama a Roma y las virtudes romanas y el recuerdo de los antiguos romanos.

Se llegó así a un cierto eclecticismo, a una cierta mezcla a la cual el poeta da expresión, en primer término, en las *Sátiras*. Y como esto, evidentemente, no era suficiente, escribió poco después las *Odas*. Las *Odas*, que vuelven a los modelos clásicos griegos, a Alceo y a Safo, pero introduciendo también motivos romanos, y motivos romanos de otro nivel más elevado, diríamos, que el de las *Sátiras*.

Pero, en fin, sobre esto volveré. El caso es que Horacio se puso a escribir las *Sátiras* con un tono humano general sobre los temas de la vida corriente y adoptando un tono crítico sobre una serie de falsos valores de la sociedad tradicional. Todo ello lo expresa mediante anécdotas, mediante fábulas.

Si se retrocede a Grecia se verá que la literatura yámbica incluye fábulas y anécdotas, pero raramente mitos, aunque hay alguno en Arquíloco, como he señalado antes. En cambio, la literatura lírica, la mélica, no tiene fábulas, hay una separación bastante tajante. ¿Y Horacio qué hace? El Horacio de las imitaciones de Arquíloco en los *Epodos* no incluye fábulas, ya dije. Pero las introduce en las *Sátiras* y luego en las *Epístolas*, que están ya al final de su carrera. Y en su nueva lírica, las *Odas*, incluye mitos.

Hay una única fábula que aparece en una oda de Horacio (*carmen* I 16), es la fábula de Prometeo cuando, creando a los hombres, a algunos de ellos, o a todos, les infundió la fuerza de la violencia, la virulencia. No conocemos el modelo de esa fábula en griego, a lo mejor la ha inventado Horacio, pero si la ha inventado lo ha hecho sobre modelos muy conocidos, en que la explicación de ciertas cualidades de los hombres o de las mujeres se atribuye a ciertos errores de Prometeo en la creación de los hombres a partir de la arcilla.

De manera que, o tomada de los griegos o imitada de los griegos, aquí hay una cosa que va contra toda la tradición griega, aquí y en otros muchos casos. En vez de un mito Horacio usa una fábula. En ese *carmen*, da disculpas a una mujer a la que había atacado en los *Epodos* (evidentemente, había hecho unos ataques muy virulentos). Se disculpa, asimismo, con su juventud en la época en que componía los *Epodos* y se disculpa con el mito de Prometeo. Es que, dice, los hombres tenemos dentro ese espíritu de león que a veces nos sale afuera y sería mejor apaciguarlo.

Curiosamente, el *carmen* tiene estructura ternaria, pero fábula. Otras veces la lírica horaciana usa el mito, como es la tradición griega, pero muchas veces sin estructura ternaria, con frecuencia es variada, va mezclada y combinada de diversas maneras y en su comienzo muchas veces lleva un mito por el interés del mito mismo. No se trata de ejemplificar como en el caso de la fábula, Horacio produce mitos porque le gustan.

Así, cuando introduce en una oda el mito de Europa (a Europa la

rapta el toro y se la lleva por encima de las olas del mar a Creta). Evidentemente, éste debía de ser un viaje un poco peligroso. Y esto se lo cuenta Horacio a una mujer para disuadirla de viajar. Aquí sí, el mito está ahí como en la lírica griega, como en un poema griego, pero es arbitrario completamente, no viene a pelo. Igualmente, el tema de Dánae que es poseída por Zeus bajo la forma de lluvia de oro y todo ello para aconsejar contra la codicia, es un pretexto, a Horacio le gusta el tema, le gusta el mito.

Pero, en fin, me he alejado un momento del tema central, y el tema central es que en las *Sátiras* a partir del año 35 aproximadamente Horacio introduce no sólo anécdotas sino también fábulas. Es bien sabido eso que dijo Quintiliano y que repiten todas las historias de la literatura latina. Eso de *Satura tota nostra est*, "toda la Sátira es nuestra". Bueno, con perdón de Quintiliano, yo no lo creo. No digo que no haya originalidad, por supuesto que hay originalidad, pero Horacio y antes Lucilio tienen modelos en toda esa literatura cinizante y epicúrea a la cual yo he hecho referencia. Los temas de ataque, de ironía son los mismos. Los temas de la Naturaleza, del poder, de la belleza, los temas del ataque a las mujeres, del ataque a los sabios o a los supuestos sabios son los mismos. La combinación de elementos, todo ese caos organizativo, incluso las fábulas de tipo literario, como las tiene Horacio, están ya en Calímaco, de manera que los precedentes de la sátira están no tanto en la literatura griega arcaica como en la literatura helenística.

¿De dónde tomó sus fábulas Horacio? Es el tema que voy a estudiar, presentando un inventario de las mismas: de las que están en las *Sátiras* (en las *Odas* ya he dicho que sólo hay una), y de las que están en las *Epístolas*, ya al final de la carrera del poeta en torno al año 20, incluso después. Pero antes he de decir algo más sobre los géneros en que las fábulas se incluyen.

Las *Epístolas* son una variante de las *Sátiras* y algunos han pensado que después de escribir las *Sátiras*, que le iban muy bien a su carácter entre bonachón e irónico, pacífico, crítico, burgués, y las *Odas*, Horacio volvió al primer género.

Efectivamente, escribió toda esa lírica, las *Odas* (con Píndaro no se atrevió, él mismo lo dice, pero se atrevió con Alceo y con Safo). Hizo composiciones hermosas. Sin embargo, hay quien opina que no tuvieron tanto éxito entre el público romano, y entonces el poeta dió marcha atrás y escribió las *Epístolas*, que son una variante de la sátira y, por tanto, incluyen fábulas.

¿La sátira qué es? Muchas veces sus precedentes griegos están muy claros, se trata de una composición dirigida a alguien sobre un tema. En fecha antigua se recitaba en el banquete, en fecha posterior no es sino un artificio literario, pero dirigido a alguien, se supone que a alguien que está cerca en cuanto que se a él se dirige el poeta. Las *Epístolas* son lo mismo, sólo que interviene la ficción de la carta que, por otra parte, tiene precedentes, pero en lo fundamental es absolutamente nueva.

En el trabajo que yo escribí con destino a la Enciclopedia italiana sobre Horacio, traté de seguir las pistas hacia atrás de las fábulas de Horacio: la que está en las *Odas*, las que están en las *Sátiras* y las que están en las *Epístolas*. No siempre es fácil, a veces la versión más antigua de una fábula para nosotros es la de Horacio, en Horacio se inspira Fedro. Por supuesto, las versiones de Horacio son anteriores a las versiones que nosotros conservamos de las anónimas griegas, que son, creo yo, del siglo V d.C. Y son anteriores, por supuesto, a Babrio, que es del año circa 150 d. C. y a Aftonio.

Pues bien, en mi *Historia de la Fábula Greco-Latina*, antes mencionada, he tratado de reconstruir los modelos o precedentes de estas fábulas horacianas y de las demás. A veces hay versiones muy concordantes que vienen muy probablemente de un modelo único. A veces hay versiones muy diferentes que vienen de dos o tres modelos. He tratado de reconstruir, en la medida de lo posible, las colecciones de fábulas de época helenística. Pues hay un bache tremendo, tenemos fábulas de época griega arcaica y clásica, también helenísticas, pero no colecciones, que comenzaron en fecha helenística y se han perdido.

Se trata de ejemplos sueltos del tipo de aquellos a los que ya he aludido. En diversos autores que he mencionado vemos las fábulas al lado de las máximas, al lado de los símiles, al lado de las anécdotas, etc. También hay fábulas-ejemplo de época helenística, en Cércidas, Calímaco, etc. Pero colecciones de fábulas conservadas, legibles, cogibles con las manos diríamos, no las tenemos, conservadas, hasta después de nuestra era.

La más antigua, la colección de un papiro Rylands, es ya del s. I d.C. Hay que hacer, pues, un trabajo de reconstrucción de las antiguas colecciones, predecesoras de las que se nos han conservado. Y se puede, en cierta medida, tras esta reconstrucción, reconstruir la historia de las fábulas

que nos han llegado en Horacio u otros autores: de dónde vienen, si de un modelo único helenístico, si de varios modelos. Evidentemente, Horacio, aparte de conocer las fábulas-ejemplo, como esas dos o tres que ya he mencionado, conocía colecciones.

Las colecciones de fábulas griegas comenzaron con Demetrio de Falero en torno al 300 a.C. ¿Qué hizo Demetrio de Falero? Recogió las fábulas de la literatura anterior, los ejemplos, como había eruditos que recogían mitos, máximas, inscripciones, es todo ese coleccionismo de época helenística. La teoría que yo he defendido es que las colecciones de fábulas, que se hacían en prosa, después cayeron en manos, por decirlo así, de los cínicos, que hicieron colecciones cinizantes donde, a partir de este realismo o popularismo, introdujeron sus temas y los escribieron en coliambos o en trímetros yámbicos.

Naturalmente inventaron también fábulas nuevas. Muchas de estas fábulas nuevas que no están testimoniadas en época helenística, vienen sin duda, por las reconstrucciones que podemos hacer, de época helenística: por ejemplo, todas esas fábulas que van contra la *hybris*, contra la codicia, la belleza engañosa, etc.

Algunas de ellas están en el mismo Horacio, así la de la zorra que comió tanto que se le hinchó el vientre y no podía salir del agujero en que se había metido, es el castigo de su gula; o la fábula del sapo (en Horacio la rana), que se hinchó tanto de envidia del animal más grande que reventó. Estas son típicas fábulas ya de época helenística, de tipo cinizante.

Había muchas colecciones. No puedo contar aquí el detalle de la reconstrucción de estas colecciones que, por otra parte, no se puede hacer más que tentativamente. Son colecciones que a partir de un cierto momento fueron prosificándose, fueron recibiendo a veces promitios, máximas iniciales; en Fedro hay ya promitio, ya máxima final, el epimitio.

Las colecciones cínicas, como digo, se fueron poco a poco prosificando. A partir de un cierto momento perdieron el carácter cínico, se hicieron simplemente moralizantes y se estudiaban en las escuelas. Los temas sexuales fueron barridos de ciertas colecciones, en otras permanecieron. En fin, tiene que haber habido en época helenística una vasta floración de colecciones de fábulas. Naturalmente, entre las colecciones y las fábulas-ejemplo hay una relación de ida y vuelta. Los prosistas y poetas tomaban de las

colecciones fábulas y, a su vez, las colecciones tomaban fábulas de los prosistas y poetas.

Es una historia muy complicada que he tratado, en cierta medida, de reconstruir, intentando ver, entre otras cosas, dónde está colocado Horacio dentro de esta tradición. Desde luego, hay, primero, fábulas que sólo están en él, luego hay fábulas en las cuales su versión difiere de todas.

Por ejemplo, la fábula del caballo, el ciervo y el cazador, que está en Estesícoro y luego en Filisto de Siracusa, y que yo he tratado de reconstruir, está en Horacio y Horacio es nuestro testimonio más antiguo. Está también en Fedro y otros varios fabulistas. Pero la versión de Horacio no coincide con ninguna de las demás, él sigue una línea que es independiente de las que han llegado a nuestras colecciones. Horacio, evidentemente, disponía de un material importante, bien de fábulas-ejemplo, las que conocemos y otras que se habrán perdido, bien de colecciones de las que no conservamos nada: Horacio es una ayuda para reconstruirlas en cierta medida.

Estos son los materiales con los que he trabajado. Pero, ¿cuáles son las fábulas de Horacio? Voy a hacer una rápida relación de ellas. Dejo fuera la de Prometeo, de la que ya he hablado y que no está atestiguada fuera de Horacio. He aquí el inventario.

Sátira I 1. 33-39, la hormiga y la cigarra. Es una fábula cínica (Fáb. An. 114, Babrio 140, Aftonio 1, Aviano 34, etc.). Nótese que cuando el tema pasa a nuestras literaturas, desde el XVIII en adelante, parece que presenta a la cigarra como la buena que canta, es alegre y es divertida, mientras que la hormiga es avarienta. Pero para los cínicos la buena era la hormiga, la hormiga que trabaja. Para el cínico el *ponos*, el trabajo, es lo encomiable, así como la vida frugal. Y la cigarra que canta y que no trabaja se muere de hambre luego en el invierno: al cínico le parece esto bastante normal. O sea que el sentido era el contrario del posterior.

Nótese que a veces Horacio tomaba fábulas antiguas en una versión moderna. A veces, probablemente, innovaba, pero a veces mantiene la función que las fábulas tenían tradicionalmente: contra la gula, la codicia, la autoridad brutal, etc. Pero a veces las utilizaba a su manera.

Sátiras I 9. 20-21. Cuando aparece ese inoportuno que empieza a recomendar a Horacio sus asuntos mientras pasea tranquilamente por la Vía Sacra, para que el poeta los lleve a Mecenas, éste dice: *Dimitto aurículas*, "agacho las orejas" como el asno. ¿Qué es eso? Probablemente una fábula,

pero no lo sabemos, porque no hay ninguna de este tema. ¿O no es una fábula y es sencillamente un símil? Porque el asno, si se le carga demasiado, agacha las orejas. Hay un límite que no podemos definir.

Sátira II 3. 186. Alusión a una fábula que no conocemos, es la zorra que imita inútilmente al león, *astuta ingenuum uolpes imitata leonem*. Servio Opidio previene a uno de sus hijos contra la ambición política, imita vanamente a Agripa. Es como la zorra que quiere imitar tontamente al león. ¿Qué fábula es esa? No sabemos. Hay una fábula griega semejante (Fáb. An. 199, Babrio 139, Aftonio 10, Aviano 5, etc.), la del asno con piel de león que cuando se le cae la piel se asusta mucho y le corren a palos, pero no es zorra, es asno, ya digo. Y hay luego la fábula del *Pañcatantra* sobre el chacal azul, que se cae en la cuba de un tintorero y queda pintado de azul y asusta mucho a todos los animales, pero luego se despinta y la cosa cambia. ¿Horacio conoce alguna fábula de este tipo?, ¿la inventa?

Sátira II 3. 298. Esta sí que es una fábula griega, la fábula del hombre que ve la alforja que lleva delante llena de los vicios ajenos y no la otra, la de detrás, que lleva los propios. Es una fábula cínica que aparece en las colecciones (Fáb. An. 229, Fedro IV 10, Babrio 66, etc.). Está también en *Catulo* 22.21.

Sátira II 3. 314-5. Fábula del buey, pero con muchas diferencias, la versión griega (Babrio 28, *Tetr.* I 42) es la del buey que pisó al hijo del sapo: el sapo preguntó al hijo superviviente por el tamaño del animal y comenzó a hincharse, pero el hijo le dijo que por mucho que se hinchara reventaría antes de alcanzar el tamaño de aquel animal. En Horacio hay un ternero y una rana y la rana tiene varios hijos; el ternero pisa y revienta a los hijos de la rana, que pregunta a otro que escapó: "¿Cómo era de grande ese animal que pisó a tu hermanito?". El contesta y dice: "Así de grande" y empieza a hincharse: el final es el mismo.

Es una variante que viene de una línea que no es de las fábulas que nos han llegado a nosotros en la literatura griega. Son cónicas, contra el enorgullecerse tontamente, las ilusiones insensatas. Pero, curiosamente, es el estoico Damasipo el que la emplea contra Horacio, para que no se hinche demasiado. Horacio se ríe de sí mismo.

Sátira II 5. 55-57, también *Epístola* I 17. 50. Son dos alusiones a la fábula del cuervo y a la zorra. Cuando el cuervo coge el queso, la zorra le

dice eso de "¡Qué hermoso eres!. Si tuvieras voz como tu plumaje serías el rey." Y se pone a cantar el cuervo y se le cae el queso, del cual se apodera la zorra. Hay un modelo único en las anónimas, Fedro, etc. (Fáb. An. 126, Fedro I 13, Babrio 77, etc.) Horacio usa la fábula contra un captador de testamentos, a ver si le pasa lo que al cuervo aquel por excesiva avaricia. Y contra otro personaje, Esceva, que proclama demasiado su pobreza con riesgo de que venga alguien que le ponga al descubierto.

Sátira II 6. 80-117. Es la fábula del ratón de campo y el de ciudad, contada muy lentamente, muy morosamente, con mucha búsqueda de efectos estilísticos por Horacio. Viene de época helenística, hay modelos griegos, desde luego (Babrio 108, Aftonio 26, etc.), pero más breves que esta versión. Horacio vive en su finca de Sabina y otro propietario cercano cuenta la fábula en relación con un individuo que quiere tener una finca todavía más grande. El prefiere las cosas como son, como el ratón de campo, que vive más pobremente que el de ciudad, pero no tiene los terribles sobresaltos del otro. Pues cuando está dándose ese banquete fabuloso con su invitado aparece el gato y tiene que salir corriendo y librarse como puede.

Epístola I 1. 70-75, la zorra que no quiere entrar en la caverna del león porque sólo ve huellas que entran, ninguna que sale. Ya hablé de su presencia en Arquíloco, está en Lucilio ya y en todas las colecciones (Fáb. An. 147, Babrio 103, T.Asssend. 8, Aftonio 8, ps.-Dositeo 6, etc.). Imposible fijar la versión que sigue Horacio. Aquí no hay ninguna Neobula, la mujer que trata de atrapar a los hombres cuando es vieja (tampoco en las otras versiones, por lo demás). Es Horacio el que justifica ante Mecenas su retiro en el campo, no quiere ambiciones ni riquezas.

Epístola I 3. 18-20. La fábula del grajo, de que ya he hablado. Esta es una versión que es diferente de las griegas, cf. Fáb. An. 103, Fedro I 3, Babrio 72, Aftonio 31, etc.; ya he dicho, está en Filodemo, *Rh.* II, p. 68, además en Libanio VIII, p. 26 F y Teofilacto Simocatas ep. 34 Boiss. Es difícil colocar la versión de Horacio en el stemma, ni sigue una rama antigua, la de Libanio, Antonio, Teofilacto, ni las innovaciones de Fedro, Babrio y otros. Seguramente conoció la versión resumida que está en la base de éstos.

Pero lo curioso es lo siguiente: Horacio usa esta fábula con fines literarios, mientras que las otras versiones critican a los que aspiran el poder: el grajo aspira a reinar sobre las aves, pero cuando pierde todas las plumas se

queda en grajo. Aquí no hay poder, hemos pasado a un tema literario: que Floro le diga a Celso Albinovano que no vaya tanto a la Biblioteca Palatina porque se le ven mucho las fuentes.

Epístola II 3. 139, breve narración del parto de los montes. Sólo está aquí y en Fedro IV 24. Los montes braman y sale un *ridiculus mus*, un "ridículo ratón". Pero, curiosamente, también esta fábula es literaria, dirigida por el poeta contra sí mismo, que hace promesas excesivas y no sabe lo que va a salir de ellas.

Epístola I 7. 28-32, la zorra cuyo vientre se hinchó, fábula cínica contra la gula y la avaricia, ya hablé de ella. Véase en Fáb. An. 24, Babrio 86, etc. Es un tema de muchas fábulas cónicas: el pez grande es atrapado por la red, el pequeño se escapa por los agujeros de la red; al mulo que lleva un cargamento de paja los ladrones lo dejan suelto, al que lleva un cargamento de oro lo matan; ciertos pájaros escapan del cazador porque son ligeros y vuelan, los tordos que son pesados son cazados.

En nuestra fábula, Horacio se excusa ante Mecenas por quedarse tanto tiempo lejos de Roma, prefiere la modestia del campo, otra vez el tema recurrente. Nótese cuántas veces el poeta utiliza las fábulas para defenderse a sí mismo y sobre para tratar el tema de la modestia y de la falta de riquezas y ambición.

Epístola I 10. 5-7, los dos palomos. ¿Es ésta una fábula o no? No sabemos. De Horacio y Fusco, al uno le gusta la ciudad, al otro el campo, son amigos como dos viejos palomos. La fábula está representada en el famoso tapiz de Bayeux de la conquista de Inglaterra por los normandos, que contiene escenas caballerescas de la conquista, arriba, y abajo en una cenefa, en una tira, fábulas. Son fábulas normalmente de versiones medievales, salvo ésta, que está en Horacio y sólo en Horacio. Alguien en Bayeux en el siglo XI había leído a Horacio.

Epístola I 10. 34-41, la famosa fábula del caballo, el jabalí y el cazador (en Horacio es el caballo, el ciervo y el hombre). Véanse otras versiones en Arist. R. 1398 b 823 (= Stes. 104), P. Ryl. 1, Fáb. An. 238, Fedro IV 4. El caballo no puede triunfar sobre el ciervo que es más rápido, y le pide ayuda al hombre, que le monte; así hace éste, pero ya no se baja. En el origen se trata de una fábula política de Estesícoro, dirigida a los de Himera contra Fálaris, que pretendía (y lo logró) hacerse tirano.

Y, sin embargo, su derivado, esta fábula de Horacio, se refiere al tema del elogio del campo. Horacio aconseja a Fusco no dejarse dominar por las riquezas, tema muy alejado del tema del poder. De modo que Horacio hace con las fábulas lo que quiere, y esta versión no se parece demasiado a los modelos griegos, no viene de la línea principal de la fábula helenística, que deriva, sin duda, de Demetrio de Falero y se aleja un tanto del Papiro Rylands, de Fedro y de la Augustana.

Esta de Horacio, de otra parte, es una versión independiente de otra de la que deriva Rómulo, 79. Probablemente, Rómulo y Horacio tienen un modelo común, es decir, han manejado colecciones de fábulas que son parcialmente diferentes de las que han servido de modelo a los fabulistas griegos.

Con esto quiero terminar. La fábula es para Horacio un elemento literario entre otros muchos, pero siempre al servicio de los temas que he citado, y con muchísima frecuencia al servicio de la propia persona del poeta, bien para ironizar sobre sí mismo, bien para justificar su modestia, su vida campesina, su alejamiento del poder y de la riqueza.

Procede con una libertad omnímoda: a lo que he dicho sobre su relación con sus modelos hay que añadir mi trabajo para la Enciclopedia horaciana antes mencionada y el tratamiento de las fábulas respectivas en mi *Historia de la Fábula Greco-Latina*, que también cité, entre otros trabajos.

En Horacio, las fábulas son muchas veces simples alusiones de un solo verso. De manera que, por ejemplo, lo del *dimitto auriculas*, la alusión al asno aquel, es un solo verso; lo de la fábula de la zorra *imitata leonem*, es igualmente un solo verso; lo de las alforjas delante y detrás, es un verso; lo del cuervo y la zorra, lo mismo; lo del grajo, igual, e igual lo del parto de los montes.

Sin embargo, a veces, Horacio procedió de otra manera. Sabemos por los *Progymnasmata* cómo en las escuelas retóricas se sometía a los alumnos al ejercicio de estirar y encoger los textos: "Esta fábula en cuatro líneas conviértela en una de veinte y esta en veinte conviértela en una de cuatro". En Fedro o en Babrio, entre otros autores, puede verse que hay fabulitas muy chicas y las hay muy largas.

Pues bien, en Horacio se encuentran, de un lado, las simples alusiones, en las cuales es difícil ver si se trata de una fábula o de un símil. Y luego hay fábulas del tipo medio, diríamos, de cuatro o cinco o seis líneas:

así, por ejemplo, la de la hormiga y la cigarra, la del buey y la rana, la de la zorra y el león, la de la rana que se hincha, la de los dos palomos, la del ciervo. Pero en el caso de los dos ratones, Horacio se ha dado el gusto de tratar el tema por el tema en sí, morosamente.

En Babrio hay cosas parecidas. La más extensa es la fábula 95, que es la del ciervo que entró dos veces en la caverna del león. La zorra trae el ciervo al león enfermo para que el león se lo coma. El león le echa la zarpa en la oreja y el ciervo sale corriendo; y el león vuelve a pedir a la zorra que le traiga el ciervo. Pero la zorra le dice que el ciervo está ya muy escarmentado, va a ser difícil convencerle. Le convence, sin embargo, diciéndole que el león sólo quiso hacerle una caricia cariñosa; y se lo lleva otra vez al león, que por supuesto se lo come. Pero cuando busca el corazón no lo encuentra, porque se lo ha comido la zorra. Y la zorra le dice: "¿Cómo quieres que tenga corazón un animal que entró dos veces en la caverna del león?". Esta es una fábula de larga historia, aparece luego en latín tardío con la historia de Trajano y su cocinero.

Pero dejo este tema. El caso es que Babrio ha compuesto sobre este tema una fábula de más de cien versos. Se ha detenido morosamente en todos los detalles de estilo, en los excursos, las descripciones, en los tópicos retóricos... Horacio, en cierta medida, hace también esto en la fábula de los dos ratones.

Esto de un lado, de otro introduce diversas variantes, aparte de cuando reduce o se contenta con una alusión. Por ejemplo, a veces narra la fábula sin promitio o sin epimitio. A veces hay el uno o el otro, hay alguna ocasión en que ha introducido un nuevo epimitio para dar la justificación de su uso de la fábula. A veces la función es la tradicional, a veces se invierte totalmente. Y nunca es la fábula el centro, como en Arquíloco. A veces las duplica, la misma fábula está en una sátira y en una epístola, o en una sátira están dos fábulas en dos pasajes diferentes, una más breve, otra menos larga.

Y éste es un material griego, de origen remoto en la poesía popular realista y en la prosa popular y crítica. También habría que mencionar las *Vidas* de la literatura realista, tal la *Vida de Esopo*. Pues bien, todo este material de literatura realista ha sido tomado por los cínicos y los epicúreos para hacer propaganda de su filosofía con esa mezcla de lo útil y lo dulce, atacando a los ricos, a las guapas y los guapos, a las mujeres, a los médicos, a

los atletas, a todas estas bestias negras de los filósofos. Para atacarlos, ya desde sectores tradicionales y críticos, ya desde el de los cínicos y el de los epicúreos, se ha usado la fábula: ya fábulas-ejemplos, ya las de las colecciones. Y todo esto se ha mezclado, ya lo dije, con las frases cortantes, las anécdotas y los elementos del mimo, incluso con alusiones a mitos.

Horacio ha organizado a su manera todo este material para exponer su propia filosofía. Como se puede apreciar, en parte es tradicional y próxima a diversas filosofías helenísticas, en parte viene de su naturaleza, de su modo de ser, de sus circunstancias, de su proyecto de vida, si se quiere. Así ha creado algo que no es exactamente nuevo, porque Lucilio ya está en cierta medida en esa línea, si bien Horacio le ha quitado mucha carga política personalista y crítica y ha ampliado los temas.

Pero lo que ha creado Horacio es, en definitiva, algo nuevo, una especie de filosofía popular a la manera de la diatriba y con una continuidad notable respecto a ciertos ambientes helenísticos, pero, evidentemente, dentro de uno propiamente romano. Ha dado marcha atrás respecto a los *Epodos* y aproximando el género a la oda. Porque una de las cosas que tiene la literatura latina, aparte de que los géneros entran en fechas diferentes y de que se modifican, es la contaminación.

Y la oda y la sátira, tan distintas en sí, ya no resultan tan distintas. Son distintas, evidentemente, hay odas ternarias, las hay con los temas tradicionales de la llamada al dios, del consejo, pero hay otras que realmente se van aproximando a la sátira. Aún así, quizá dentro de la obra de Horacio sea la oda lo que mayor influencia ha ejercido para el futuro. Pero probablemente en Roma y dentro de la literatura latina y dentro de todo este ambiente entre helenístico y romano, y dentro de su propia personalidad, lo que componía con menos esfuerzo, aquel género que no le obligaba a hacer elogios a Mecenas o a Augusto o a ciertos dioses en los cuales ya no creía nadie, el que refleja más íntimamente su modo de ser y pensar dentro de su sociedad de su tiempo, es el de la sátira y la epístola.

Y esto lo ha logrado Horacio combinando todos esos elementos que he tratado de describir, pero combinándolos con una libertad tremenda, de una manera que los griegos no hubieran podido hacer. Pienso que con esto he dado algunas ideas. De un lado, algunas no muy detalladas sobre los *stemma* de las fábulas, porque este es un trabajo filológico aquí fuera de

lugar y que me ha ocupado en otros sitios. De otro, sobre los géneros de que se sirve Horacio como de instrumentos para expresarse a sí mismo y expresar su situación, su personalidad, su sociedad.

Francisco Rodríguez Adrados